



VARCO.
ANTONIO

EL ESCLAVO DEL DEMONIO

ANTOLOGIA CLASICO NUEVO

de

ANTONIO MIRA

DE AMESCUA

de lo
y lo

EN Septiembre pasado hizo trescientos años que moría en Guadix el Doctor Antonio Mira de Amezcua. Por azar del tiempo este año celebramos su centenario.

Mira de Amezcua nació en Guadix, de un matrimonio ilegítimo. Estudió en Granada y aquí se ordenó sacerdote. Fué Capellán real en la Capilla de los Reyes Católicos. Vivió, sin embargo, mucho tiempo en Madrid y después fué nombrado arcediano de Guadix, donde murió el día 8 de Septiembre de 1644.

Fué colérico y más amigo, como el Arcipreste Juan Ruiz, de la olla que de la misa; su teatro cae dentro del ciclo que preside Lope de Vega y está escrito en un estilo ampuloso y culterano muy propio del carácter andaluz y colérico de Mira. Escribió más de sesenta comedias y autos con un extenso temario, que como el de Lope va desde las comedias bíblicas y de santos a las de capa y espada, pasando por las históricas. Su obra capital es *El esclavo del Demonio*. Su asunto es la vieja leyenda del Fausto Medioeval, o la de aquel Teófilo de los Milagros de Berceo que vende su alma al diablo y la rescata por intervención de la Virgen. Mira conoció esta leyenda a través de fuentes portuguesas. Don Gil, el Fausto de Mira, es un Fausto muy español y muy siglo XVII; mientras el sabio alemán estaba cansado de ciencia, el español lo está de ascética y teología; ambos quieren curarse por la acción, pero mientras Fausto busca placeres, Don Gil busca pecados. También Angelio, el Mefistófeles de Mira, es típicamente español y más aún, andaluz: es un matón del otro mundo. Finalmente, ni Lisarda, ni Leonor tienen nada que las asemeje a la dulce Margarita de Goethe. Lisarda, más que a la melancólica y rubia Margarita, se asemeja a la Carmen ardiente y se *hecha al monte*; Leonor es una coqueta llena de hipocresía.

Como humilde contribución al centenario de Mira de Amezcua, CUADERNOS DE TEATRO inicia su *antología* con unas escenas del acto segundo del *Esclavo del Demonio*.

* * *

La escena es un monte. Don Gil en traje de bandolero con un retrato en la mano.

GIL. Amor, el alma abrasada
con viva esperanza viva,
que podrás dársela viva
pues hoy se la das pintada.
El alma, tuya se nombra
con amorosos desmayos,
mas ¿qué efecto harán tus rayos

si así me ciega tu sombra?
Leonor, mi pecho se abrasa,
tu gloria he de pretender,
que la peste pienso ser
de las honras de tu casa.
Gozar pienso el bien que veo,
pues lo llegué a desear,

que no me han de condenar
más las obras que el deseo.

Si la intensión y el [a]feto
condenan al pecador,
por gozar de ti, Leonor,
daré el alma.

(Sale el demonio vestido de galán, y llámase
Angelio.)

ANGELIO. Yo la aceto.

GIL. Después que a este hombre he mirado,
siento perdidos los bríos,
los huesos y labios fríos,
barba y cabello erizado.

(Aparte.) Temor extraño he sentido.
Alma, ¿quién hay que te asombre?
¿Cómo temes tanto a un hombre
si al mismo Dios no has temido?

ANG. No temas, Don Gil, espera.

GIL. Dí, ¿quién eres?

ANG. Soy tu amigo,
aunque he sido tu enemigo
hasta ayer.

GIL. ¿De qué manera?

ANG. Porque imitándome vas;
que en gracia de Dios me ví,
y en un instante caí
sin que pudiese jamás
arrepentirme.

GIL. ¿Y te llamas?

ANG. Angelio, y vivo espantado
de lo poco que has gozado
gusto de juegos y damas.

Si predestinado estás
la gloria tienes segura.
Si no lo estás, ¿no es locura
vivir sin gusto jamás?

Si aprender nigromancia
quieres, enseñarla puedo,
que en la cueva de Toledo
la aprendí, y en esta mía
la enseño a algunos, y ciencia
para vicios infinitos
corriendo los apetitos
sin freno de la conciencia.

Si a los infiernos conjuras
sabrás futuros sucesos
entre sepulcros y huesos,
noches y sombras oscuras.

En todos cuatro elementos,
verás extrañas señales
en las plantas, animales

y celestes movimientos.

Tu gusto será infinito;
con vida libre y resuelta
seguirás a rienda suelta
los pasos de tu apetito.
Y, pues que tienes amor
a Leonor, aunque es incesto,
haré que la goces presto.

GIL. ¿Que adoro a Doña Leonor
has sabido?

ANG. Y no imagines
que en lo que toca a saber
me pueden a mí exceder
los más altos cherubines.

GIL. Tengo a tu ciencia afición.
Yo aprenderé tus lecciones.
ANG. Guardando las condiciones
con que las deprendí.

GIL. ¿Y son?

ANG. Que del mismo Dios reniegues,
y haciendo escrituras firmes
de ser mi esclavo, las firmes
con sangre, y la crisma niegues.

GIL. Alma, si hay alma en mi pecho,
hoy tu salvación se impide.
Poco pide, pues me pide
lo que casi tengo hecho.

Dejando la buena vida
perdí el alma, pues, ¿qué espero,
si por hallar lo que quiero
doy una cosa perdida?

Si son tres las condiciones
con que ofendí a Dios eterno,
ya tengo para el Infierno
bajado tres escalones.

Otro con algún disgusto
se da muerte o desconfía,
y así viene a ser la mía
desesperación de gusto.

Digo, que haré lo que ordenas,
pero has de darme a Leonor.

ANG. ¡Ah, discípulos!

(Salen dos en hábitos de esclavos.)

ESCLA. I.º Señor.

ANG. Sangrad a Don Gil las venas
porque a ser mi esclavo empieza.

GIL. Yo a ser discípulo voy.

ANG. No te pese, porque soy
de mejor naturaleza.

(Meten a Don Gil los esclavos. Queda Angelio;
sale Lisarda.)

LIS. Junto a una fuente, que espejo
de cristales y diamantes
es del sol, dos caminantes
robados y muertos dejo.

Relámpagos fué y ensayo
de mi colérico fuego,
pero el matar a Don Diego
será la verdad y el rayo.

Probar quise mi valor,
mas, ¿cómo no he de ser fuerte
en la ajena, si a mi muerte
tengo perdido el temor?

Cazadora de hombres soy,
(fieras, de otro nombre indinas).
Yo colgaré en las encinas
humanos despojos hoy.

Serán silvestres picotas
tanto que a deciros muevan
que ya las encinas llevan
cabezas y no bellotas.

(Ve la visión del demonio que asoma, y dice:)

¡Jesús! ¿De qué ha procedido
tan prodigioso temor?

¿Adónde están el valor
y arrogancia que he tenido?

¿Sólo a un hombre tanto temo
que ni es monstruo ni gigante?

Pasar no puedo adelante,
espantada con extremo.

La muerte le quiere dar.

(Apúntale la escopeta.)

ANG. No tienes qué prevenir,

que si no puedo morir,
¿cómo me podrás matar?

LIS. ¿Viste un hombre?

ANG. A un hombre ví,
que no ha de ser hombre más.

LIS. ¿Qué ha de ser?

ANG. Tú lo verás.

(Entran los esclavos y sacan a Don Gil, hecho
esclavo, con S y clavo.)

ANG. ¿Firmó la escritura?

ESCLA. E.^o Sí,

LIS. ¿Quién habrá que a Don Gil vea
que no se admire? ¿Qué es esto?

GIL. Yo a servirte estoy dispuesto.

ANG. Este cédula se lea.

(Lee el papel.)

GIL. Si aprendo la sutil Nigromancia
que el católico llama barbarismo,
y excediendo las fuerzas de mí mismo
gozare de Leonor un breve día;
digo [yo] Don Gil Núñez de Ato-

[guía,
sin temor de las penas del abismo,
que reniego del cielo y del bautismo,
perdiendo a Dios la fe y la cortesía.

Su nombre borro ya de mi memoria.
Tu esclavo para siempre quedo hecho
por gozar desta vida transitoria,
y renuncio el legítimo derecho
que la Iglesia me da para la gloria
por la puerta que Dios abrió en su

[pecho.



BENAVENTE y el teatro celebran sus bodas de oro. Don Jacinto, Premio Nobel, marcó una época en nuestro teatro. A pesar de todo hay mucho que aprender de él y mucho que decir. CUADERNOS DE TEATRO dedicará su próximo número a un vivo diálogo sobre la obra de Benavente.